

# José Manuel Caballero Bonald, reinventor de paisajes: el eje Guadalquivir - Doñana

Juan Manuel Suárez-Japón

Catedrático de Geografía Humana, Universidad Pablo de Olavide



**“No hay distancias ni contrastes de referencia, sólo una inmensa fulguración taponando el campo visual... la tierra y el agua son del mismo difuso color oxidado que el cielo, como si aún no hubiese podido solventarse ningún litigio de elementos contrarios en un paraje transferido de nuevo a sus primarias amalgamas geológicas...”**

Son las primeras frases de *Ágata ojo de gato*, la novela que el escritor jerezano publicara en 1974, cerrando con ella un largo periodo de pausa en su creatividad narrativa, desde que en 1962 publicara su *Dos días se septiembre*. Fue un tiempo ocupado por muy diversos acontecimientos de su vida que finalmente permitieron, -casi podemos decir provocaron-, el retorno de José Manuel Caballero Bonald al universo de la novela. Y lo hizo desde actitudes que, aunque sin alejarse de la íntima alusión de las realidades en las que se movía, sí las expresaba con un lenguaje en el que eran perceptible grandes diferencias estilísticas que, acentuadas y cultivadas después hasta un grado de inigualable maestría, lo han situado en la más alta cumbre de la literatura patria. No es el objeto que convocan a estas líneas adentrarnos en el camino de la crítica literaria, -seguramente yo no podría hacerlo-, pero conviene no soslayar este aspecto, tan importante en la configuración del autor y de su extensa obra.

Lo que aquí nos trae, por el contrario, es acercarnos al modo en que la pasión por la naturaleza late en la obra de Caballero Bonald, de suerte que los paisajes, -ora para hacer de ellos descripciones fascinantes, ora para comprometerse en su defensa cuando sea el caso-, constituyen una parte sustantiva de sus materiales literarios. Porque están en su vida, los elementos de lo natural y la síntesis de ellos en que los paisajes consisten, encuentran en el escritor jerezano el espacio preciso. Son a veces el escenario de las acciones de sus tramas narrativas y otras son el núcleo mismo de sus escritos. De ese hecho ha derivado un dato de alto valor no sólo para la literatura, sino también para la geografía, pues con sus obras, -y aun más con su actitud ante la naturaleza-, se nos insta a completar nuestra visión de las realidades, integrando en el análisis a esos elementos no siempre visibles, esas realidades intangibles que en todo paisaje se albergan. Los paisajes, no lo olvidemos, son el fruto de una alianza indisoluble entre la naturaleza y la cultura y ambas pasiones alientan desde siempre en la obra creativa del escritor jerezano.

Empujado por la fascinación o por el compromiso, vemos a Caballero Bonald acercarse a paisajes reales y a partir de ellos construir descripciones envolventes que nos descubren aspectos que no habíamos sido capaces de ver. Son textos en los que va más allá de lo que ven nuestros ojos, desvelan mensajes soterrados, voces ocultas, alientos eternamente silenciados, y que él sabe rescatar y ponerlos delante de quien los lee. No es éste un hecho que sólo de él pueda predicarse, porque es obvio que en el fondo cada cual ve las cosas a su modo y que en ello residen potencialidades creativas muy plurales. Así, por ejemplo, lo afirma Murakami, el gran novelista japonés:

“gracias a que todos somos distintos, puedo seguir escribiendo novelas. Puedo seguir escribiendo mis particulares historias porque, ante el mismo paisaje, capto aspectos distintos de los que captaría otra persona, y porque siento cosas distintas o elijo palabras diferentes a las que otro sentiría y elegiría”<sup>1</sup>

Ocorre, sin embargo, que en Caballero Bonald esa capacidad se manifiesta de modo tan alto que en, cierto modo, el escritor jerezano se convierte en reinventor de los paisajes que describe. Así ha sucedido especialmente en el caso de Doñana, -la “tierra de Argónidas” que ya acoge los hechos de su *Ágata ojo de gato*-, y así sucede con

otras muchas regiones y ciudades sobre las que el escritor descargó su admirable capacidad de mirar y de ver.

Doñana es ya para siempre un territorio ligado a la figura del escritor jerezano, produciéndose entre ellos una de esas reiteradas asociaciones de ideas que hace que el mero nombre a uno evoque al otro. Hay un Doñana que es distinto desde que José Manuel Caballero Bonald lo convirtió en materia literaria. Y todo ello se inició en esa ya citada novela, a la que se entregó llevado por causas que él mismo nos ha explicado:

“*Ágata ojo de gato* la escribí después de un largo silencio narrativo motivado más bien porque no tenía ni ganas ni necesidad de contar ninguna historia especialmente incitante.

Sin embargo, como siempre ocurre, una muy concreta experiencia referida al Coto de Doñana me alentó a escribirla o a ir la macerando en el caldo incierto de la memoria”

*Ágata ojo de gato la escribí después  
de un largo silencio narrativo...  
Sin embargo, como siempre ocurre, una muy  
concreta experiencia referida al Coto de Doñana  
me alentó a escribirla o a ir la macerando  
en el caldo incierto de la memoria*

*Caballero Bonald*

Eran los años en los que diversas formas de agresión convergían sobre ese espacio de valores irrepetibles y por el que Caballero Bonald sintió siempre una fascinación indisoluble, Doñana, -él lo ha seguido llamando siempre Coto de Doñana-, y su reacción crítica frente a esta situación se manifestó en el modo en que un escritor mejor maneja, escribiendo:

“Pero yo pensaba que ese venerable santuario ecológico en modo alguno podía ser destruido a instancias de un progreso con visos inhumanos. Y me inventé una historia que podía reflejar de modo alusivo o indirecto esa estúpida sarta de desmanes paladinamente perpetrados contra la naturaleza”<sup>2</sup>

De este territorio, Caballero Bonald nos ha dejado algunas descripciones que devienen definitivas para su más completa comprensión. Veamos algunas muestras:

“El viajero que ha recorrido en invierno o en primavera las marismas de Doñana, y vuelve en verano, debe pensar que se ha equivocado de geografía. Nada es ya lo mismo; todo se ha modificado hasta lo inverosímil. Lo que parecía un océano se ha convertido en un yermo; lo que fue una pradera de frondosa inmensidad recuerda ahora a una estepa. ¿Cómo se ha producido semejante alteración, qué ha hecho posible tan devastadora mudanza en ese territorio fastuoso? [...] la rotación de las estaciones que hace rotar también la configu-

ración general de la naturaleza parece obedecer en las marismas a una estricta situación límite. Los efectos del calor y la benignidad climática, de la sequía y las lluvias, se movilizan en este enclave sureño con una contundencia asombrosa. Es un ciclo que parece contradecir las primigenias pautas vitales: al revés de lo que suele acontecer, el advenimiento del verano conduce aquí a la agonía y las avanzadas del invierno a la resurrección...”

De este modo tan bello y tan preciso nos señala el escritor jerezano el hecho esencial, la evidencia de que en este espacio el agua es el orto de todo y su ausencia es el ocaso. La suerte de Doñana será siempre una consecuencia de cómo este recurso se gestione. Sin agua no hay vida. He aquí como Caballero Bonald lo describe:

“el agua es obviamente la fuente nutricia; el principio esencial de la marisma. Del agua vive una flora innumerable –castañuelas, bayuncos, enneas, jaguarzos, candilejos, brezos-; nace una innumerable avifauna –ána-des, fochas, somormujos, malvasías, espátulas, fuma-reles, flamencos, garzas- y, consecuentemente, la ausencia de agua coincide sin remisión con la muerte. Cuando cesan las lluvias y la violencia solar va adueñándose de la marisma, se produce una involución biológicamente implacable: la mayoría de las aves sucumben o emigran, la vegetación se calcina y se pudre y, con la evaporación de los últimos residuos de humedad, la tierra acaba cubriéndose de una costra cuarteada y estéril. No existe más acabada imagen de la acción aniquiladora de la sed que ésta del estío marismeño. Como tampoco hay imagen más exacta de la fecundidad que la de la llegada del invierno”

No menos magistrales son las muchas referencias que Caballero Bonald nos ha dejado sobre otro elemento nuclear del paisaje bajo andaluz y para la comprensión de Doñana: el río Guadalquivir, esa gigantesca bisectriz de su gran valle y en cuya desembocadura sanluqueña halla Caballero Bonald el lugar en el que deja discurrir

momentos de su vida alejados de la algarabía madrileña. Caballero Bonald conoce muy bien el Guadalquivir. Lo ha navegado “subiendo y bajando” por él, como los alternativos flujos mareales, y nos ha dejado escritas imágenes que son, como siempre, reflejos precisos de la realidad envueltos en la armónica belleza de sus descripciones:

“Algunos comentaristas devotos dicen que el Guadalquivir, -el Tartessos de la antigüedad ibérica, el Betis de los romanos, el Guad-el-quévir de los árabes-, acaba donde empieza América. Se trata sin duda de un cálculo excesivo”

nos dice en una de ellas rindiendo culto a la conocida predisposición bajo anda-luza a la exageración. Rigurosamente preciso es, sin embargo, cuando nos describe lo que el viajero ve y siente dejándose llevar por el Guadalquivir aguas debajo de Sevilla:

“esa travesía fluvial, sobre todo en verano, es lo más parecido que hay a recorrer una rastrojera calcinada. Y además, una vez traspuesta Coria del Río el Guadalquivir penetra en un mundo desprovisto de fondo. El horizonte se fusiona con la oscilación equívoca de las brumas y apenas se perfilan las dehesas de las Islas, -la Mayor y la Menor-, con su punta de toros estáticos, sus monótonos confines marismeños, los arrozales entre cuyas tablas de agua pulula hoy una población de cangrejos que viene a salir as cangrejo por grano de arroz”

y que remata, algunas líneas más adelante, con una de sus síntesis geniales:

“El paisaje tiene algo singular: consiste en la carencia de paisaje”, porque es eso lo que el navegante ve a una y otra orilla. “La planicie por la que transita el Guadalquivir puede aplanar también al viajero”.

Cualquiera que haya navegado el “gran río gran rey de Andalucía”, al decir de Góngora, sabe perfectamente a qué se está refiriendo nuestro escritor y ha sentido esa sensación de estar en un territorio donde nada parece existir en el interior de



***En mayo de 1975 ingresa en la Real Academia Española. En su discurso apuesta por un mensaje ecologista a nivel global. El autor piensa que el mal denominado “progreso” atenta contra el medio ambiente y, a largo plazo, contra la propia especie humana***

aquella interminable soledad. El peso de los hechos los recoge también el escritor cuando describe un recorrido por el Guadalquivir, esta vez aguas arriba:

“La navegación por el río, una vez rebasados los ribereños pinares de Doñana, no es particularmente amena. A estribor van quedando las enfilaciones de La Algaida, Trebujena y Lebrija, lugares de segura vinculación tartésica. Tal vez se alcance a ver una familia de gamos pastando en un ribazo agujereado de guaridas de cangrejos, o la sombra huraña del jabalí cruzando por el sotobosque; tal vez un escuadrón de flamencos atraviese el ancho cielo del río con rumbo a los esteros de la bahía. Si ha llovido con ganas, la marisma es un mar sin fondo, pero si no ha llovido, a lo más que se parece es a un erial calcinado. En ambos casos la mirada se pierde por un horizonte que no es sino la repetición obstinada del sentido lineal del horizonte”.

Para su condición de “sanluqueño” de adopción, el río es también una frontera. Sanlúcar de Barrameda lo es, tiene un alma de frontera y fue muchos siglos un punto donde principiaba o se acababa el mundo. Pero él se refiere a otra frontera más cercana y no por ello menos rotunda. El río es, en este punto, la frontera que nos une o nos separa del espacio que más reclama la atención del viajero, Doñana, que es en Caballero Bonald sinónimo de la “mater terrae”:

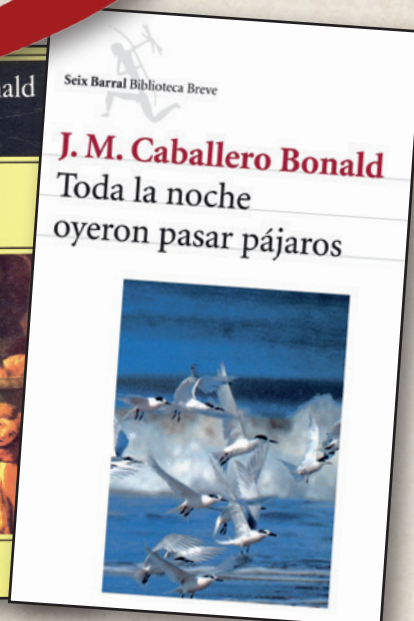
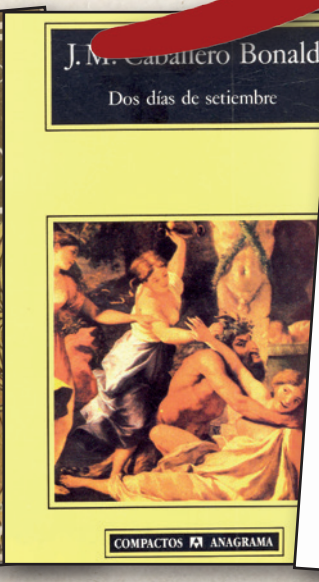
“En Sanlúcar suelen llamar a Doñana la ‘otra banda’, y ese solo apelativo marca tajantemente una frontera: la que separa la cultura urbana de la cultura primigenia del bosque. En una banda está lo que somos, en la otra, lo que fuimos. Basta con asomarse a esos pinares medio invadido por los cordones móviles de las dunas para experimentar una sensación incorregiblemente libresca: la de estar hollando un país venerable y majestuoso, como protegido por las ejecutorias de lo sagrado, cuya virginidad enlaza con el viejo mito de la *mater terrae*, de la madre tierra que termina vengándose de todo aquel que se permite ultrajarla”.

A esta misma idea de la *mater terrae* se aferra también Caballero Bonald para dejarnos un halo de esperanza y el claro deseo de que en el duro litigio que la naturaleza sostiene con las agresiones que sobre ella se abaten, sea aquella la clara vencedora:

“Doñana es indestructible. A pesar de tantos síntomas de menoscabo, la “tierra-madre” acaba siempre castigando al que la ultraja. Incluso en esa extenuante época estival, cuando el inmenso territorio marismero es ya un paisaje estepario, sembrado de osamentas y agrietado por el sol, se filtra por alguna fisura de la aridez como un simbólico aviso de regeneración.

*En Sanlúcar suelen llamar a Doñana la ‘otra banda’, y ese solo apelativo marca tajantemente una frontera: la que separa la cultura urbana de la cultura primigenia del bosque*

*Caballero Bonald*



Volverá el agua y, con ella, la vida: renacerá la población de ánades más numerosa del mundo, sobrevendrá una nueva y pletórica inundación y surgirá una maraña vegetal de incontenible exuberancia. Ninguna codicia o acechanza del hombre podrá nunca impedir del todo ese cíclico y maternal triunfo procreador de la tierra”.

Sólo me queda añadir una palabra: amén.

#### NOTAS

- 1 Haruki Murakami. 2010. *De qué hablo cuando hablo de correr*. Tusquets, Barcelona, p. 35.
- 2 Ambas confesiones nos las deja en *Acerca de Ágata ojo de gato*, en *Relecturas. Prosas escogidas* (1956-2005). Diputación Provincial de Cádiz. Vol I. pp. 441-449. El artículo citado, en el que vuelve retrospectivamente sobre sus experiencias, fue escrito en 2001.